

WOODS, T. E., *Cómo la Iglesia construyó la civilización occidental*. Prólogo del cardenal Antonio Cañizares; trad. Catalina Martínez Muñoz (Ciudadela, Madrid 2007)

Nos encontramos ante un texto sencillo, sin complejos, para una adecuada memoria histórica de lo que somos y de donde venimos. Superando tópicos oscurantistas, leyendas negras, o novelas que traicionan la realidad histórica, el profesor Woods demuestra cuál es la verdadera fuente última de los mejores logros de la civilización occidental.

Muchos no saben, por ejemplo, que los monjes benedictinos fueron llamados los “agricultores de Europa”. No sólo preservaron lo mejor de la literatura y el saber del mundo clásico y judeocristiano, con su labor de copistas en las bibliotecas de sus monasterios; no sólo crearon auténticos oasis de paz y convivencia; no sólo educaron a los pueblos bárbaros, que amenazaban con arrasar toda civilización tras el desmoronamiento del Imperio romano de occidente. Además desecaron regiones enteras de marismas y convirtieron estepas en vergeles, con sistemas de cultivo meticulosos.

Muchos no saben que la sismología fue llamada “ciencia jesuítica”. En la época barroca los estudiosos de la compañía de Jesús se encontraban en la avanzadilla de casi todas las ciencias e investigaciones. Y ya en la edad media, luminosa de saber, las universidades brotaron en el seno de la Iglesia.

También el arte cristiano ha contribuido a enseñar a expresar y vivir la belleza, reflejo del Autor de la misma belleza, humanizando así la cultura popular.

Muchos no reconocen hoy, a causa de prejuicios nada honestos, que el derecho internacional, la base de los derechos humanos en la codificación moderna, surgió en la escuela de Salamanca, en el contexto de la defensa de los indios. Y en contraposición a la demagogia indigenista, las fuentes de la historia nos hablan de la labor evangelizadora, educadora y defensora de los nativos, llevada a cabo por miles de misioneros en toda Hispanoamérica, movidos únicamente por amor a Dios y al hombre. Liberados de tantas formas infla-culturales bárbaras, llegaron a plasmar una peculiar y original inculturación del evangelio.

También los hospitales e instituciones de beneficencia surgieron en el seno de la Iglesia durante el primer milenio del cristianismo, como manifestación del evangelio de la misericordia y de la caridad. Después, en el siglo XIX, cuando la revolución industrial llenó los arrabales de las ciudades de muchedumbres de trabajadores en condiciones infrahumanas, la Iglesia alzó la voz a favor de ellos con su magisterio social y fundó incontables instituciones para ayudar a los más desfavorecidos y para la auténtica promoción del proletariado.

El profesor Woods ofrece abundantes datos, con un estilo ameno, que avalan la verdad de la tesis que repropone. Concluye con la explicación de cómo un mundo sin Dios es un absurdo, contrario a la razón, a la libertad y a

la dignidad del ser humano; si occidente rechaza sus raíces falsea la verdad histórica y se desliza hacia el suicidio.

Sin duda, se han de reconocer en su justa medida los errores, excesos y pecados de los miembros de la Iglesia a lo largo de la historia. Pero sobre todo se ha de celebrar la santidad de tantos hijos de la Iglesia, que nos han dejado su preciosa herencia, su estela de luz en medio del mundo. Así, la teología y la catequesis han de presentar adecuadamente la memoria agradecida de una Iglesia que ha fecundado occidente con una cultura cristiana que ha llevado a generaciones enteras hacia la plenitud de lo humano.

JOSÉ MIGUEL GRANADOS

AZNAR, J. (coord.), *La vida humana naciente. 200 preguntas y respuestas*. Presentación del cardenal Alfonso López Trujillo; prólogo de Monseñor Juan Antonio Reig (BAC, Madrid 2007)

El avance de la medicina, que tanta calidad de vida nos reporta a los ciudadanos de los países desarrollados, lleva continuamente a nuevas fronteras de la bioética, difíciles de entender para el público no especializado. Por ello, es necesario acudir a publicaciones de estilo claro y de criterio seguro. Precisamente nos encontramos ante un texto sencillo, divulgativo, sobre el intrincado tema de los dilemas éticos en torno a los orígenes de la vida humana.

Este libro está en la línea de los promovidos por la *Conferencia Episcopal Española de 100 preguntas sobre el aborto y el origen de la vida humana* (año 1991) y *100 preguntas sobre la eutanasia* (año 1992). Cada capítulo ha sido escrito por varios expertos en las diversas ciencias de la vida, desde la investigación en biología, pasando por la medicina y la sexología, hasta la antropología filosófica, el derecho y la moral.

En la primera parte, aborda aspectos generales sobre el valor de la vida humana. Resulta especialmente esclarecedor el abanico de perspectivas sobre el embrión humano: desde la antropología filosófica y teológica hasta su estatus biológico y jurídico. Encontramos así la clave sobre la dignidad del embrión. La observación de la ciencia experimental describe que desde el instante de la concepción del óvulo por el espermatozoide (el cigoto) nos hallamos ante un individuo de la especie humana, con el soporte corpóreo y el programa de vida que irá desplegando en fases sucesivas. Después, una correcta metafísica de la persona nos dice que allí donde hay tal ser se inicia la aventura de un sujeto humano, que ya desde ese instante merece ser tratado conforme a su altísima dignidad inviolable. A lo cual añade la revelación judeocristiana el origen y destino eterno de cada hombre, llamado a participar en la misma intimidad de la vida divina en la Comunión de las tres Personas. Las legislaciones han de considerar esta realidad de la naturaleza humana y poner a su servicio todos los instrumentos de la sociedad. Por ello, las leyes de